

Crítica y deconstrucción.
Estrategias compartidas en dos lógicas de pensamiento
Mendez, Agustín (FSOC-UBA)

Introducción

El motivo del presente escrito será proponer una lectura conjunta de las perspectivas desarrolladas por T. Adorno y J. Derrida en torno a la problemática del lenguaje, tomando como eje que sustente tal relación, su diálogo crítico con la tradición hermenéutica. Desde este punto de vista, Derrida ha definido a dicha corriente, en su ensayo *La Question du style*, como “el desciframiento de un sentido o una verdad resguardada en un texto”. Partiendo de esta caracterización, se intentará poner en relación la “lógica de la desintegración” propia de la dialéctica negativa adorniana, con la deconstrucción derridiana.

La principal línea de coincidencia entre ambos autores es la caracterización de su labor teórica como una forma de interpretación que pone en jaque la noción hermenéutica de fusión de horizontes o recolección de sentido. Frente a estas propuestas, la tarea de sendos pensadores será un trabajo de desestabilización de la lengua, donde se ponen en marcha una serie de estrategias que permitan operar desde y contra ella.

Estas estrategias no se diluyen en una mera cuestión estilística. Antes bien, dicha operatoria tendrá una fuerte impronta crítico-normativo, ya que su finalidad no será proponer o desarrollar otra forma de significación sino, por el contrario, mostrar la dimensión de otredad que se pone en juego en todo proceso de significación.

Crítica, deconstrucción e interpretación

En la década de 1930, Adorno hará su interrupción en el mundo intelectual, con su ensayo titulado *Actualidad de la filosofía*. En este estudio de carácter programático, el autor realizará una lectura crítica de las distintas vertientes filosóficas que ocupaban un lugar primordial en ese momento: el positivismo de la escuela de Viena, el existencialismo de M. Scheler y la ontología de M. Heidegger. Frente estas posturas, el frankfurtiano dejará absolutamente en claro su percepción acerca de la labor reservada a la filosofía: “Quien hoy elija por oficio el trabajo filosófico, ha de renunciar desde el comienzo mismo a la ilusión con que antes arrancaban los proyectos filosóficos: la de que sería posible aferrar la totalidad de lo real por la fuerza del pensamiento” (Adorno, 1991:73). En franca contraposición al idealismo alemán, su filosofía no puede concebir a la razón efectiva como el campo de la libertad y la autonomía, sino, por el contrario, como dominio y heteronomía.

Rota la adecuación entre razón y realidad, la teoría crítica tomará como punto de partida la no identidad entre la cosa y su concepto. Es por ello que la labor de la dialéctica negativa aparece ligada al campo de la interpretación, la cual “no coincide en absoluto con un problema del «sentido» con el que se la confunde la mayoría de las veces” (Adorno, 1991:85). A diferencia de Gadamer, para quien “leer y comprender significan restituir la información a su autenticidad original” (Gadamer, 1992:28), la labor adorniana converge con el materialismo en la “interpretación de lo que carece de intención mediante composición de los elementos aislados por análisis, e iluminación de lo real mediante esa interpretación” (Adorno, 1991:90). Alejada de la función simbólica

con la cual el idealismo dignificaba lo existente, la materia prima con la trabaja la filosofía es un texto fragmentario, contradictorio e incompleto. Lo que acontece no está dado como un elemento disponible, en tanto material des-cualificado y pasible de ser dominado por parte del sujeto, sino que se muestra como enigmático, como figuras opacas y resistentes.

Si la realidad no está, en su superficie, cargada de significación, la función de la interpretación será desarrollar modelos de pensamiento para dilucidarla. Estos consisten en colocar una serie o constelación dinámica de conceptos alrededor de la cosa buscando abrirla: “El conocimiento del objeto en su constelación es el del proceso que éste acumula en sí. El pensamiento teórico rodea en cuanto constelación al concepto que quisiera abrir, esperando que salte a la manera de las cerraduras de las cajas fuertes sofisticadas: no únicamente con una sola llave o un solo número, sino con una combinación de números” (Adorno, 2008:158). De esta manera, la interpretación hace causa común con la dimensión expositiva del pensamiento. Si el trabajo expositivo no es externo a la actividad teórica, su objetivo será alcanzar, a través de él, un modo de desentrañar la realidad, mostrando sus mediaciones, sin violentarla al modo idealista, sino haciendo justicia a la prioridad del objeto: “a la filosofía le es esencial, por tanto, el lenguaje, la exposición, si verdaderamente es filosofía y no filología o mero juego mecánico” (Adorno, 1983:43).

Si bien en muchos aspectos es irreductible a los postulados de Adorno, J. Derrida también caracterizará su trabajo teórico como una interpretación activa, yendo más allá de las pretensiones hermenéuticas. El gesto derridiano se apoya en un trabajo de remarque de los conceptos anclados dentro de la metafísica de la presencia, en pos de nombrar aquello que no puede ser dicho en el interior de su clausura. Este trabajo consiste en demostrar la violencia ejercida por el discurso logocéntrico, el cual reduce todo lo acontecido como una variación de un principio a priori. Frente a ello, la deconstrucción busca solicitar este edificio mostrando que estos “nombres” no son átomos conceptuales que constituyen una presencia idéntica a sí. Si no hay un significado trascendental, cada uno de ellos está siempre ya en posición de significante, es decir, que cada signo lleva inscrito el juego formal de las diferencias que componen la estructura lingüística. En efecto, si cada elemento del lenguaje se constituye a partir de la huella dejada en él por los demás, se comprende que no existe un origen absoluto del sentido: “El juego de las diferencias supone, en efecto, síntesis y remisiones que prohíben que en ningún momento, en ningún sentido, un elemento simple esté presente en sí mismo y no remita más que a sí mismo. (...). Este encadenamiento, este tejido, es el texto, que sólo se produce en la transformación de otro texto” (Derrida, 1977:35). No hay nada, ni en los elementos ni en el sistema, simplemente presente o ausente. No hay más que diferencias y huellas de huellas.

La deconstrucción sostendrá que todo texto es un plexo de injertos textuales, una estructura compleja y escalonada, con diferentes sustratos mas nunca una totalidad homogénea y cerrada. Esta idea replantea la noción misma del límite y del margen que desestabilizan la potestad de un autor sobre su escrito: si se cuestiona la referencia que determina la idea de pertenencia y propiedad como elementos que diferencian el adentro y el afuera de un sistema, el trabajo de la deconstrucción no puede reducirse a ser un comentario fiel a una supuesta intencionalidad cifrada en el texto. Atenerse a la superficie del lenguaje, el cual es un entramado de huellas, impide obtener un significado último que detenga la diseminación del sentido, abriéndose el campo de la interpretación afirmativa:

Todo discurso (...) tiene la forma de una estructura de interpretaciones. Cada proposición, que es ya, por naturaleza, interpretativa, se deja interpretar en otra proposición. Para proceder prudentemente, y aun manteniéndonos dentro del texto (...), podemos, pues, destacar una interpretación de su reinterpretación y someterla a otra interpretación ligada a otras proposiciones del sistema. Lo cual equivale, y sin interrumpir la sistemática general, a reconocer momentos fuertes y momentos débiles de la interpretación de un pensamiento por sí mismo, dependiendo, tales diferencias de fuerza, de la necesidad estratégica del discurso finito. Naturalmente nuestra propia lectura interpretativa se ha esforzado en pasar-para ligarlos entre ellos- por lo que *nosotros* hemos interpretado como los momentos mayores (Derrida, 1989:346).

La lectura diseminante, en consecuencia, excede toda pretendida búsqueda de un sentido, por más múltiple que este sea. Por el contrario, se apoya en un juego extendido al infinito de injertos textuales, de efectos de reenvío incesantes, en un tejido interminable de lecturas y textos. No hay recolección de sentido (Ricouer, 2004: 29-32), sino gasto excesivo del mismo.

Estrategias textuales compartidas: pensar desde y contra el lenguaje

Si el lenguaje es el lugar de privilegiado para llevar adelante la crítica a la racionalidad discursiva, es utilizando una serie de recursos que él mismo brinda, la forma a través de la cual se hace trabajar desde su interior aquella dimensión de otredad que permanece ocluida. Los escritos de ambos autores, su modo de construcción textual, se yergue así en una crítica a la idea del subjetivismo idealista, deudor de la linealidad expositiva, la lógica deductiva y el principio de no-contradicción.

Tanto Adorno como Derrida tienen un interés fundamental en la figura del quiasmo como modo de presentar sus premisas. A través de ella Adorno lanza tesis antitéticas dentro de una misma estructura significativa, mostrándose el principio de abstracción que lleva adelante el juicio identificante. Este proceder argumentativo permite reponer lo ocluido en dicho proceso como su reverso negativo; el quiasmo se vuelve así el modo por antonomasia de operar de la dialéctica negativa, “el concepto, que suele ser definido como unidad característica de lo que bajo él se halla comprendido, fue, en cambio, desde el principio el producto del pensamiento dialéctico, en el que cada cosa sólo es lo que es en la medida en que se convierte en aquello que no es” (Adorno y Horkheimer, 2001:70).

En Derrida, el quiasmo se liga a la noción de los indecibles (Derrida, 1977:92), ya que al ser sincategoremas, que para generar efectos de sentido deben mancomunarse con diversos sintagmas, se muestran como unidades que operacionalizan la lógica del *entre*, permitiendo demostrar las fisuras del binarismo en el que se articula el logocentrismo. El quiasmo permite que el mismo significante condense significados opuestos, no pudiéndose determinar a priori uno como el propio. Este modo de

construcción textual permite horadar la sucesión propia de la escritura fonocéntrica, donde cada término prosigue al otro en una necesaria coherencia semántica.

Enlazada con este recurso, se hallan la referencia a la exageración y lo fragmentario como el lugar desde donde reflexionar. En el caso de Adorno, la imposibilidad de asir lo real por medio del concepto abre el espacio a una filosofía que parte de una mirada fisiognómica (Adorno, 1972:47) anclándose en la “escoria del mundo de los fenómenos”. La descomposición en pequeños pedazos de la realidad para su análisis no significa perder de vista la totalidad, sino, por el contrario, encontrar en lo mínimo la opresión que esta ejerce. En pos de dicho objetivo, la práctica interpretativa desfigura esos elementos, los presenta de modo exagerado, ya que “el conocimiento es, y no *per accidens*, exageración” (Adorno, 1972:47). Lograr la expresión de la cosa siempre implica ir más allá de su manifestación actual, ya que, precisamente, el modo efectivo en que se presentifica obtura las mediaciones que la conforman. Esta desfiguración permite percibir la dimensión coactiva de la totalidad en los rasgos de la realidad, pero no al modo de hallar un sentido oculto, sino en darle elocuencia, en una reflexión segunda, a aquello que “latía en silencio” (Adorno, 1972:47).

Esta misma exageración es un rasgo propio del pensamiento derridiano, el cual se anuda con la idea de la negatividad radical que lleva adelante el juego de la *differance*, de la “hipérbole en general. Una hiperbolitis incurable. Una hiperbolitis generalizada. En fin, exagero. Siempre exagero. (...) De él depende todo lo que se propone en concepto de “deconstrucción” (Derrida, 1996: 81-82). Esta hipóbole hace referencia al gasto sin reserva del sentido, donde no se puede detener el juego de las diferencias, sino que, por el contrario, se multiplica el reenvío de significantes, en una alusión sin fondo ni fin. Esta estrategia de hacer consumir el sentido original de un texto para demostrar lo que oculta y reprime, Derrida lo realiza tomando aquellos elementos que se ubican en los márgenes del mismo. De este modo, hace bascular sobre ellos su lectura, según la lógica de la suplementariedad, donde lo externo al sistema, es a la vez su condición de posibilidad. Lo que fue dejado al margen, lo fragmentario, puede ser importante precisamente por las razones que llevaron a marginarlo; este no es un detalle, sino lo que desmiente las vanidades del discurso logocéntrico, por ello no se busca repositonarlo como un nuevo centro, sino emplearlo en su dislocación.

Por último, el frankfurtiano emplea en su prosa infinidad de extranjerismos, puesto que “lo que atrae es una especie de exogamia lingüística que querría escapar del círculo de lo inmutable, de la maldición de lo que uno es y sabe” (Adorno, 2003:208). Esta concepción, cuaja de lleno con la elíptica definición de la deconstrucción como “más de una lengua” (Derrida, 1989b:39). El extranjerismo es ese *schibboleth*, que desmiente el ideal de claridad y transparencia del lenguaje, llevando adelante una crítica al principio de homo-hegemonía multiculturalista (Derrida, 1996:122).

Lenguaje y violencia: invención, pasividad y acción

Como se mencionó anteriormente, la principal línea de confluencia entre ambos autores es una incesante reflexión acerca del lenguaje, ya no como un *médium* posibilitador de consensos intersubjetivos al modo habermasiano, sino como *órganon* privilegiado de la crítica a la razón. Esta labor no desemboca en una salida de la

racionalidad sino, por el contrario, busca desenmascarar la violencia ejercida por esta. En virtud de ello, tanto Adorno como Derrida, entenderán sus postulados teóricos como una praxis comprometida con aquello que permanece ocluido o reprimido por la razón subjetiva.

La dialéctica negativa constituye el viraje materialista de la filosofía, lográndose con ello, un modo de intervención que permite la expresión del objeto. Así, en *Actualidad de la filosofía*, Adorno sostendrá que el trabajo a desarrollar para interpretar el objeto tiene las características de un *ars inveniendi*. Sin embargo, esta invención, no es una creación arbitraria del sujeto, sino que es la manifestación de una fantasía exacta, llevando adelante un acercamiento mimético a la cosa:

Una fantasía exacta; fantasía que se atiene estrictamente al material que las ciencias le ofrecen, y sólo va más allá en los rasgos mínimos de la estructuración que ella establece: rasgos que ciertamente ha de ofrecer de primera mano y a partir de sí misma. Si es que la idea de interpretación filosófica que me había propuesto exponer ante ustedes tiene alguna vigencia, se puede expresar como la exigencia de dar cuenta en todo momento de las cuestiones de la realidad con que tropieza, mediante una fantasía que reagrupe los elementos del problema sin rebasar la extensión que cubren, y cuya exactitud se controla por la desaparición de la pregunta (Adorno, 1991: 99).

Es por ello que en el pensar constelativo o concentración expansiva, el impulso venga de la cosa, la cual permite un descentramiento de la subjetividad en tanto *constituens*: “la cosa se ofrece a la paciencia, virtud del pensamiento. El matiz pasivo no es la agitación afanosa ni la obstinación terca, sino la mirada que se detiene en el objeto sin forzarlo.” (Adorno, 2003:12)

Este entrelazamiento entre invención y pasividad es compartido por el propio Derrida, el cual afirmará que el trabajo de la deconstrucción se apoya en la invención del otro. Ahora bien, aquello que puede ser inventado dentro del discurso logocéntrico requiere de un horizonte intencional en el cual proyectarse, reduciendo de antemano todo lo acontecido a una manifestación de sus condiciones de posibilidad. Se entiende, por tanto, que lo único que puede ser inventado debe asumir la forma de lo imposible, es decir, aquello que constituya un exceso para la lógica logocéntrica. Sin embargo, la “invención” llevada adelante por la dimensión afirmativa de la interpretación derridiana no es la materialización de un relativismo a ultranza. Por el contrario, descansa en una responsabilidad infinita, que sigue primordialmente la interpretación propuesta por el autor de un texto, haciéndola jugar en contra de sus propias pretensiones, demostrando, con ello, las grietas de su discurso. El trabajo deconstructivo, por tanto, descansa en un “ven”, no en un hacer venir, sino en un dejar venir al o lo otro: “dejar venir, pues si el otro es justamente lo que no se inventa, la iniciativa o la inventiva deconstructiva solo pueden consistir en abrir, desestabilizar esa estructura de exclusiones para dejar el pasaje al otro. Pero no hacemos venir al otro, lo dejamos venir preparándonos para su venida” (Derrida, 2007:45).

De lo antedicho, se desprende que ambas concepciones, la lógica de la desintegración, así como la deconstrucción, desarrollan un modo de intervención que permita dar lugar a lo negado por el pensamiento discursivo y su dependencia de la lógica deductiva y la linealidad expositiva. De ahí que la dimensión expositiva de la filosofía sea consustancial con el ejercicio de la crítica y no una mera cuestión retórica.

La noción de la transición mínima, retomada de la técnica musical de A. Berg, permitirá adensar la *darstellung* adorniana, ya que ésta desestructura los temas en unidades mínimas, convirtiéndolas en un campo de disolución. A partir del trabajo de estos *membra disecta*, se lleva adelante una construcción sumamente compleja, donde no se enuncia ni se definen los temas a desarrollar, sino que se constituyen por medio de una transición constante entre las diversas asociaciones y resonancias que permiten desentrañar la multiplicidad de lo real. Asimismo en la construcción de las constelaciones se utiliza un modo singular de la sintaxis, la parataxis, la cual permite llevar adelante una combinatoria no reductible de relaciones multilaterales, en perpetuo cambio y fluctuación permanente. Se obtiene, de este modo, una síntesis donde prima la idea de sucesión y encadenamiento de los términos, permitiendo que los mismos se articulen de modo concéntrico y no bajo la forma de la subsunción de lo particular dentro de un universal que lo contenga.

Asimismo, si la deconstrucción trabaja buscando resquebrajar las estructuras rigidificadas de la textualidad metafísica en pos de darle al otro el tiempo para su irrupción, esta no puede darse bajo la forma de la llegada de una presencia plena, ya que, el otro, si es huella, es la de otra otredad: se abre, de este modo, la remisión incesante de huellas, el respeto absoluto de su singularidad. Este ven, del cual respira la dimensión normativa del pensamiento derridiano, por tanto, “en sí mismo no es una plena presencia, sino un diferencial, es decir, algo que se transmite a través del tono y de la gradación, de los intervalos de tonalidad”. Así, de este modo se pretende desarrollar “una economía que consiste en pluralizar siempre el tono, en escribir en muchos tonos, (...) y esto a la fuerza implica una dispersión de voces, de tonos, que automáticamente producen espacialidad” (Derrida, 1999:167). Para lograr tal cometido se buscará llevar adelante un trabajo sobre las palabras logrando “hacerlas estallar para que lo no verbal aparezca en lo verbal. Es decir, hacer funcionar las palabras de tal manera que en un momento dado dejen de pertenecer al discurso, a lo que regula el discurso” (Derrida, 1999: 165).

Más allá de las diferencias indudables que se desprenden de ambas propuestas teóricas, no se puede dejar de atender al hecho de que tanto en Derrida como en Adorno existe un profundo compromiso crítico-normativo con todo aquello que rompe la noción de lo mismo. Rescatar lo otro, no es propugnar una heterología irreductible sino, por el contrario, darle voz a aquello que desmiente un pensamiento basado en el principio de identidad que, a su vez, es por definición apologeta de lo acaecido. Este otro modo de escribir, es otro modo de pensar, un pensar que hace causa común con lo que pudo ser y no fue. Solo de esta manera pervive la esperanza de lo mejor como lo aun no realizado.

Referencias

- Adorno, Theodor, *Consignas*, Trad. Ramón Bilbao, Buenos Aires, Amorrortu, 2003.
- Adorno, Theodor, *Dialéctica Negativa. La jerga de la autenticidad*, Trad. Alfredo Brotons Muñoz, Madrid, Akal, 2008.
- Adorno, Theodor, *Escritos musicales I-III*, Trad. Antonio Gómez Schneekloth y Alfredo Brotons Muñoz, Madrid, Akal, 2006.
- Adorno, Theodor, *La actualidad de la filosofía*, Trad. José Luis Arantegui Tamayo, Barcelona, Altay, 1991.
- Adorno, Theodor, *La disputa del positivismo en la sociología alemana*, Trad. Jacobo Muñoz, Barcelona, Grijalbo, 1972.
- Adorno, Theodor *Mínima Moralia*, Trad. Joaquín Chamorro Mielke, Madrid, Taurus, 2001.
- Adorno, Theodor, *Notas sobre literatura*, Trad. Alfredo Brotons Muñoz, Madrid, Akal, 2003.
- Adorno, Theodor, *Teoría estética*, Trad. Jorge Navarro, Madrid, Akal, 2004.
- Adorno, Theodor, *Terminología filosófica* T.I. Trad. Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina, Madrid, Taurus, 1983.
- Adorno, Theodor y Horkheimer, Max, *Dialéctica de la ilustración*, Trad. Juan José Sanchez, Madrid, Trotta, 2001.
- Derrida, Jacques, *De la gramatología*, Trad. Óscar del Barco y Conrado Ceretti, México, Siglo XXI, 2003.
- Derrida, Jacques, *La escritura y la diferencia*, Trad. Patricio Peñalver, Barcelona, Anthropos, 1989.
- Derrida, Jacques, *Le Monolinguisme de l'autre*, París, Galilée, 1996.
- Derrida, Jacques, *Memorias para Paul de Man*, Trad. Carlos Giardini, Barcelona, Gedisa, 1989b.
- Derrida, Jacques, *No escribo sin luz artificial*, Trad. R. Ibañez y M. J. Pozo, Valladolid, Cuatro Ediciones, 1999.
- Derrida, Jacques, *Posiciones*, Trad. Manuel Arranz, Valencia, Pre-Textos, 1977.
- Derrida, Jacques, *Psyché. Inventions of the Others* Vol. I, Stanford, California, Stanford University Press, 2007.
- Gadamer, Hans-Georg, *Verdad y método*, Trad. Ana Agud Aparicio y Rafael de Agapito, Salamanca, Sígueme, 1992.
- Ricoeur, Paul, *Freud, una interpretación de la cultura*, Trad. Armando Suarez, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.